

LA FE, FUNDAMENT BÍBLICO

INTRODUCCIÓN: ¿QUÉ ES LA FE?	2
1. NOCIÓN BÍBLICA: SÍNTESIS	2
2.-CONTENIDO DE LA NOCION DE FE EN EL ANTIGUO TESTAMENTO	2
3.-LA FE DE ABRAHAM	2
3.1. EN LA OBEDIENCIA DE LA FE	3
3.2.CON CONFIANZA Y ABANDONO EN DIOS	3
3.3. FE QUE ES FIDELIDAD	3
4.- LA FE DE MOISES	4
4.1. VOCACIÓN Y MISIÓN DE MOISÉS	4
4.2. VIVIR A LA LUZ DE LA FE	4
4.3. VOCACIÓN Y RESPUESTA DE FE	4
4.4. FE Y FIDELIDAD A LA MISIÓN DE DIOS	6
5. ISAÍAS, EL PROFETA DE LA CONFIANZA EN DIOS	6
6.- NOCIÓN DE FE EN EL NUEVO TESTAMENTO	7
6.1. LOS SINOPTICOS	7
6.2. HORIZONTE Y PERSPECTIVAS DE LA FE EN LOS SINÓPTICOS	9
7. LA FE EN EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN	10
8. SPES ALVI 7, BENEDICTO XVI	11
Bibliografía:	11

INTRODUCCIÓN: ¿QUÉ ES LA FE?

1. NOCIÓN BÍBLICA: SÍNTESIS

La raíz hebrea fundamental que expresa creer: “aman, significa “*ser estable y seguro*” y expresada con AMÉN *expresa un compromiso solemne, preciso e irrevocable, siempre en contexto teológico*. De forma similar el verbo griego presente en los LXX y en el NT: PÍSTEUEIN, mantiene el significado hebreo de acto total de la persona que describe la recta relación con Dios y, por tanto, la esencia de la religión *Como síntesis de la visión del Antiguo y del Nuevo Testamento se puede afirmar que la fe es la adhesión -respuesta-total — el AMÉN- del hombre a la palabra salvífica de Dios*.

En este acto aparecen estos tres aspectos, de la fe Bíblica:

- 1) el conocimiento y confesión de la acción salvífica de Dios en la historia La fe como contenido conocido como “*la fe que se cree*” (fides quae creditur); credere Deum /Xtum) de la acción salvífica de Dios en la historia, la cual en el NT tendrá prioridad gracias al acontecimiento d Jesucristo.
- 2) la confianza y sumisión a la palabra de Dios y a sus preceptos, La fe como motivo, la fe por la cual creemos, “*la fe por la que se cree*” (fides qua creditur); credere Deo/Xto)- que es dominante en el AT.
- 3) la comunión de vida con Dios, ahora, y a su vez orientada a su plenitud futura y escatológica. (fides ut via: credere in Deum/Xtum), la fe como camino, que se mantiene presente en ambos testamentos.

2.-CONTENIDO DE LA NOCION DE FE EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

En el Antigua Testamento la fe aparece como la respuesta del hombre al Señor, el Dios de la Alianza, que se revela en sus intervenciones histórico-salvíficas, es su palabra y en sus promesas, por esto solo Yahvé tiene la salvación que el hombre recibe con la fe. *Si queremos entender lo que es la fe -ha dicho Papa Francisco-, tenemos que narrar su recorrido, el camino de los hombres creyentes"*

La primera mención de fe en la Biblia se encuentra en la historia de los patriarcas.

3.-LA FE DE ABRAHAM.

El libro del Génesis se narra la vida de Abraham a partir del momento en que el Señor se cruzó en su camino y transformó su existencia radicalmente. La fe de Abraham se nos presenta a través de numerosos episodios que ponen de manifiesto el modo en que deja obrar a Dios en su vida.

En efecto, se le promete una tierra y una descendencia numerosa, pero Abraham deberá iniciar un camino: «*Vete de tu tierra y de tu patria y de casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré; de ti haré un gran pueblo, te bendeciré, y engrandeceré tu nombre que servirá de bendición*» (Gn 12, 1-2.) Tiempo después, Dios mismo le cambiará el nombre —*«no te llamarás más Abrán, sino que tu nombre será Abraham*» (Gn17, 5)—, padre de

multitudes”. Se manifiesta así que toda la singularidad del patriarca depende de la alianza con Dios y está al servicio de ésta.

Abraham escucha la voz de Dios y la pone por obra, sin prestar demasiada atención a lo que las circunstancias podían aconsejarle. ¿Por qué abandonar la seguridad de su patria, esperar una descendencia cuando tanto él como su mujer son de edad avanzada? Pero Abraham se fía de Dios, de su omnipotencia, de su sabiduría y bondad.

La fe de Abraham se compendia en tres rasgos fundamentales: la obediencia, la confianza y la fidelidad.

3.1. EN LA OBEDIENCIA DE LA FE

Abraham manifiesta su propia fe principalmente obedeciendo a Dios. La obediencia presupone la escucha, pues es necesario, en primer lugar, “prestar oído”, es decir, conocer la voluntad de otro para darle respuesta y cumplirla... «Cuando Dios le llama, Abraham parte *"como se lo había dicho el Señor"* (Gn 12, 4): *todo su corazón se somete a la Palabra y obedece*»[6].

La obediencia, supone la aceptación libre y personal de la Palabra de Dios. La obediencia de la fe es la respuesta a la invitación de Dios al hombre a caminar junto a Él, a vivir en amistad con Él. «

3.2. CON CONFIANZA Y ABANDONO EN DIOS

Cuando consideramos la vida de Abraham, vemos que la fe está presente en toda su existencia, manifestándose especialmente en los momentos de oscuridad, en los que las evidencias humanas fallan. La. Como dice el autor de la carta a los Hebreos, *«la fe es fundamento de las cosas que se esperan, prueba de las que no se ven»* (Hb 11, 1.) La falta de evidencia de la fe es superada por la confianza del creyente en Dios; por la fe, el patriarca se pone en camino sin saber a dónde va, Porque, como recuerda el *Catecismo de la Iglesia Católica*, se necesita confiar mucho en Dios para vivir *«como extranjero y peregrino en la Tierra prometida»* Gn22, 2.), y para afrontar el sacrificio del hijo: *«Toma a tu hijo, a tu único hijo, al que tú amas, a Isaac, y vete a la región de Moria. Allí lo ofrecerás en sacrificio, sobre un monte que yo te indicaré»* (Gn22, 2).

La fe de Abraham se muestra en toda su grandeza cuando se dispone a renunciar a su hijo Isaac. Abraham no se rebela contra Dios, no lo cuestiona ni lo pone en duda: se fía de Él. Se pone en camino, sigue atento a escuchar la voz del Señor y, al final del viaje al monte Moria, descubre que no quiere la sangre de Isaac: «Y Dios le dijo: *–No extiendas tu mano hacia el muchacho ni le hagas nada, pues ahora he comprobado que temes a Dios y no me has negado a tu hijo, a tu único hijo. (...) Abraham llamó a aquel lugar "El Señor provee", tal como se dice hoy: "en la montaña del Señor provee"»* 8Gn 22, 12-14).

3.3. FE QUE ES FIDELIDAD

La fe de Abraham se manifiesta también como fidelidad: ante los diversos acontecimientos persevera en su decisión de seguir la voluntad de Dios.”. *«Mantengamos firme la confesión de la esperanza, porque fiel es el que hizo la promesa»* (Hb 10, 23).

Abraham fue sometido a una prueba tremenda: se vio en la tesitura de tener que sacrificar a quien era fruto de la promesa que se le había hecho. El santo patriarca no sólo tuvo que

afrontar circunstancias difíciles, sino que esperó contra toda esperanza (Rm 4,18) porque las circunstancias invitaban a “juzgar” la voluntad divina, a dudar de Dios mismo y de su fidelidad. En esto radica la tentación que se presentó a Abraham.

4.- LA FE DE MOISES

Es lo que vemos en la vida de Moisés, caracterizada por ser una respuesta de fe a la Revelación de Dios. Así lo leemos en la Carta a los hebreos: *«Por la fe, salió de Egipto sin temer la cólera del rey, y se mantuvo firme como quien ve al invisible. Por la fe, celebró la Pascua y la aspersión de la sangre, para que el exterminador no tocara a sus primogénitos. Por la fe, cruzaron el Mar Rojo como si fuera tierra seca, mientras que los egipcios que lo intentaron fueron tragados por las aguas»* (Hb 11, 27-29.)

4.1. VOCACIÓN Y MISIÓN DE MOISÉS

Si Abraham es modelo de obediencia y confianza en Dios, de modo que con razón se le puede denominar padre de todos los creyentes (Rm 4, 11), Moisés nos permite aprender que la fe es para la entrega, convirtiéndose en «un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre»[4].

4.2. VIVIR A LA LUZ DE LA FE

Moisés creció en la casa del faraón, y fue instruido en todas las ciencias de los egipcios. Pero un episodio turbará profundamente su vida: al defender a otro hebreo, quitó la vida a un egipcio y se convirtió en un proscrito. En la elección de Moisés para solidarizarse con sus hermanos podemos ver una decisión basada en una convicción de fe, en la conciencia de pertenecer al pueblo elegido: *«Por la fe, Moisés, ya adulto, se negó a ser llamado hijo de la hija del Faraón, y prefirió verse maltratado con el pueblo de Dios que disfrutar el goce pasajero del pecado, estimando que el oprobio de Cristo era riqueza mayor que los tesoros de Egipto, porque tenía la mirada puesta en la recompensa»* (Hb 11, 24-26).

A la luz de la fe, Moisés reconoce que asumir como propio el oprobio y el desprecio que sufren los israelitas tiene infinitamente más valor que poseer los tesoros materiales de Egipto, pero que llevaban a la perdición espiritual. *«Yo te voy a decir cuáles son los tesoros del hombre en la tierra para que no los desperdices: hambre, sed, calor, frío, dolor, deshonra, pobreza, soledad, traición, calumnia, cárcel...»*[9]

Moisés deberá huir de Egipto para no caer en manos del faraón. Así llegará a la tierra de Madián, en la península del Sinaí. Y cuando Moisés se ha asentado en su nuevo país, y puede justamente imaginar la normalidad con que proseguirá su vida, Dios saldrá a su encuentro y le manifestará la misión que le ha reservado desde su nacimiento, y que configura su vocación, y su ser más íntimo. [10] Ex 2, 24.

[13] Is 43,1.

4.3. VOCACIÓN Y RESPUESTA DE FE

La misión de Moisés se sitúa en el contexto de la historia patriarcal. *Dios, ante el lamento de los hijos de Israel oprimidos en Egipto, se «acordó de su alianza con Abrahán, con Isaac y con Jacob» (Ex 2, 24.) y escogió a Moisés para liberar a su pueblo de la esclavitud. El Señor interviene de nuevo en la historia para ser fiel a la promesa que hizo a Abraham, y mientras «Moisés apacentaba el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián, (...) el ángel del Señor se le manifestó en forma de llama de fuego en medio de una zarza. Moisés miró: la zarza ardía pero no se consumía. Y se dijo Moisés: “Voy a acercarme y comprobar esta visión prodigiosa: por qué no se consume la zarza”. Vio el Señor que Moisés se acercaba a mirar y lo llamó de entre la zarza» (Ex 3, 1-4).* La vocación de Moisés nos permite apreciar los elementos fundamentales que encontramos en toda llamada a asumir los planes de Dios: la iniciativa divina, la autorrevelación de Dios, la encomienda de una misión, y la promesa del favor divino para poder llevarla a término.

Dios se abre camino de modo sorprendente, a la vez que se acomoda a su interlocutor: suscita el asombro de Moisés ante la zarza incandescente para, a continuación, llamarle por su nombre: *«Moisés, Moisés» (Ex 3, 4).*

La repetición del nombre acentúa la importancia del acontecimiento y la certeza de la llamada. En toda vocación aparece esa conciencia de pertenecer a Dios, de estar en su mano, que invita a la paz. Es lo que expresa el profeta Isaías en un himno, cuando dice: *«No temas, que te he redimido y te he llamado por tu nombre: tú eres mío» (Is 43,1).* Cuando Dios llama, el hombre percibe que la vocación no es una quimera o el fruto de la imaginación. La vocación de Moisés muestra este segundo aspecto de la llamada haciendo hincapié en cómo el Señor se presenta: *«Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob» (Ex 3, 6.),* el mismo en el que han creído sus antepasados. *«Yo soy el que soy» (Ex 3, 14)* Toda llamada divina lleva consigo esta iniciativa de intimidad en la que el Señor se da a conocer.

Sin embargo, podría sorprender la reacción de Moisés: a pesar de haber visto el prodigio de la zarza ardiente, a pesar de la certeza de lo que está sucediendo, se excusa: *«¿Quién soy yo para ir al faraón? (Ex 3, 11.)* Intenta evitar lo que el Señor le pide –la misión encomendada–, porque es consciente de su propia insuficiencia y de la dificultad del encargo. Su fe es aún débil, pero el miedo no le lleva a alejarse de la presencia de Dios. Dialoga con Él con sencillez, le dice sus objeciones, y permite que el Señor manifieste su poder y dé consistencia a su debilidad.

En este proceso, Moisés experimenta en primera persona el poder de Dios, que empieza obrando en él algunos de los milagros que después realizará ante el Faraón (Ex 4, 1-9). Así, Moisés toma conciencia de que sus limitaciones no importan, porque Él no le abandonará; percibe que será el Señor quien liberará al pueblo de Egipto: lo único que le toca hacer es ser un buen instrumento. En cualquier llamada a una vida cristiana auténtica: Dios asegura al hombre su favor y le muestra su cercanía: *«Yo estaré contigo».*

4.4. FE Y FIDELIDAD A LA MISIÓN DE DIOS

Moisés, consciente de su misión, se guio siempre por la confianza en la promesa divina de llevar al pueblo elegido hasta la tierra prometida, por la seguridad de que con el Señor se superarían todos los obstáculos. *«Por la fe, celebró la Pascua y la aspersión de la sangre, para que el exterminador no tocara a sus primogénitos. Por la fe, cruzaron el Mar Rojo como si fuera tierra seca, mientras que los egipcios que lo intentaron fueron tragados por las aguas»* (Hb 11, 28-29). Pero esa fe no se fundamentaba sólo en una llamada recibida en el pasado, sino que se alimentaba del diálogo sencillo y humilde con Dios. La fe en Dios lleva a vivir la propia vocación con todas sus consecuencias.

En Moisés, en suma, se manifiesta de modo especial la relación entre fe, fidelidad y eficacia. Moisés es fiel y eficaz porque el Señor está cerca de él, y el Señor está cerca porque Moisés no rehúye su mirada y le plantea sus dudas, temores, insuficiencias, con sinceridad. Incluso cuando todo parece perdido, como cuando el pueblo recién salvado fabrica un becerro de oro para adorarlo, la confianza de Moisés con su Señor le llevará a interceder por el pueblo, y el pecado se convierte en ocasión de un nuevo comienzo, que manifiesta con más fuerza la misericordia de

Como hemos venido comentando, la carta a los hebreos señala los momentos de mayor relieve donde resplandece la fe de Moisés. Pero podríamos recorrer toda su vida y advertir muchos otros episodios: obedeció también, por ejemplo, cuando subió al Sinaí para recoger las tablas de la Ley, y cuando estableció y ratificó la alianza de Dios con su pueblo. El elogio más certero y breve lo encontramos al final del libro del Deuteronomio: *«No ha vuelto a surgir en Israel un profeta como Moisés, a quien el Señor trataba cara a cara»* (Dt 34, 10.) La vida de Moisés estuvo marcada por su vocación inseparablemente unida a su misión: *Dios llama a Moisés a liberar a su pueblo y a conducirlo «a una tierra buena y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel»* (Ex 3, 8) La liberación de Israel encomendada a Moisés prefiguraba la redención cristiana, verdadera liberación. Jesucristo es quien, con su muerte y resurrección, ha rescatado al hombre de aquella esclavitud radical que es el pecado, abriéndole el camino hacia la verdadera Tierra prometida, el Cielo.

5. ISAÍAS, EL PROFETA DE LA CONFIANZA EN DIOS

Isaías es el gran profeta de la esperanza mesiánica, completa los escritos proféticos del siglo VIII a.C., que es la «edad de oro» del profetismo bíblico.

El nombre de Isaías significa “*el Señor salva*”, y es un buen reflejo de los contenidos del libro, que recoge mensajes proféticos proclamados en períodos diversos de la historia del pueblo de Dios.

El ministerio profético de Isaías se desarrolló en un contexto de profundas tensiones internas y amenazas externas que influyeron en el contenido de sus mensajes y profecías. La expresión de fe llega a su culmen en el AT en el primer y segundo libro de Isaías, cuando comunica de manera clara, que a la Alianza que Dios hizo con el pueblo de Israel en el

monte Sinaí, sigue la nueva Alianza con la casa de David, y por eso, la promesa de la tierra permanece vinculada a la permanencia de la monarquía de David.

Unas palabras de Isaías expresan el sentido de la fe: *Si no creéis, no comprenderéis*". De esta manera solo apoyándose en la Palabra de Dios, el rey y su pueblo estarán a salvo, pues la fe no tiene otra garantía que la palabra de Dios" "*quien se apoya en ella no vacila* (Is 28,16" *Vosotros sois mis testigos, oráculo del Señor-... para que me conozcáis y creáis, y entendáis que yo mismo soy; antes de mí no fue formado dios, y fuera de mí no hay salvador*". (Is 43,10), donde el verbo creer aparece como sinónimo de saber y comprender. Solo Dios salva y por eso solo en él se puede encontrar la confianza.

6.- NOCIÓN DE FE EN EL NUEVO TESTAMENTO.

El creyente, como vimos en el Antiguo Testamento marcha con esta seguridad: lo imposible para los hombres es posible para Dios. Apoyado en Dios camina con firmeza en medio de la noche, espera contra toda esperanza. Fue la experiencia de Abrahán y del pueblo de Israel al salir de Egipto. Después del paso del mar Rojo, el pueblo creyó en Dios y en su siervo Moisés. Así lo vivieron también los profetas de la alianza. Los profetas no cesan de proclamar: Quien tiene fe no vacilará. Dios es fiel y el hombre puede estar seguro en él por la fe. Los profetas han interpretado la historia desde Dios y hacia Dios. Los salmos se

Los salmos se mueven en la misma línea. He aquí un pequeño esquema de la fe vista desde la perspectiva del Antiguo Testamento

mueven en la misma línea. He aquí un pequeño esquema de la fe vista desde la perspectiva del Antiguo Testamento:

Acción reveladora de Dios: Dios se revela como el Santo que exige (la ley), que ama y es fiel (alianza), que promete, que es verdadero. Reacción creyente del hombre: el hombre responde con temor de Dios, reverencia, culto, obediencia, fidelidad, amor, esperanza, perseverancia, paciencia, asentimiento de fe, reconocimiento.

6.1. LOS SINOPTICOS.

Si en el AT destaca el elemento de confianza, en el NT destaca el aspecto confesional, por la novedad de la venida de Jesucristo.

La fe en los sinópticos no empieza por recibir un contenido nuevo, pero la perspectiva adquiere matices nuevos y decisivos. En efecto, el «creyente» que se acerca a Jesús busca auxilio en su palabra y acción, como el israelita del Antiguo Testamento buscaba en Dios auxilio en medio de las situaciones «imposibles». Ahora el auxilio viene a través de la persona, palabra y acción de Jesucristo. El creyente espera una nueva acción de Dios que le proyecte hacia un futuro de vida y plenitud. Pues bien, en la acción de Jesús los hombres descubren la llegada del reinado de Dios, anunciado por los profetas. De hecho, Jesús comenzó su misión proclamando la llegada del reino de Dios e invitando a la conversión y a la fe.

La fe y la conversión van unidas, lo cual es de suma importancia como veremos más adelante. Recorramos algunos relatos evangélicos.

La curación de un paralítico: (Mt 9, 1-8; Mc 2, 1-12; Lc 5, 17-26) Jesús ve la fe del paralítico y de los camilleros. La fe no se presenta aquí todavía como una apertura estrictamente personal. Es más bien la expresión del anhelo de encontrar auxilio en alguien que da muestras de un poder singular. Oyeron hablar de Jesús y esperan de él una ayuda. Jesús ve su fe e invita a la confianza. Primero ofrece el perdón de los pecados y luego como signo de su poder la curación. El poder de Dios se ha manifestado ante la fe de aquellos hombres.

Jesús cura a una hemorroisa. Mt 9, 20-22; Mc 5, 25-34; Lc 8, 42-49. La fe de esta mujer se expresa en el tocar, en la convicción que tiene en el poder de Jesucristo. Jesús le dice: *«Valor, hija, tu fe te ha salvado»*. Pero la hemorroisa no ha sido curada por su fe, sino por el poder de Jesús que se ha desencadenado ante la acción creyente de la mujer. Ésta ha creído en la posibilidad de que el poder Jesús se aplique a ella. La fe abre la persona a la acción libre y soberana de Dios.

La curación de dos ciegos. Mt 9, 27-31. Este relato es interesante por la pregunta de Jesús a los ciegos. Cuando estos le piden ser curados, él les pregunta: *«¿Creéis que puedo hacerlo?»* Y ante la respuesta afirmativa de los ciegos, Jesús añade: *«Que os suceda conforme a vuestra fe»*. Jesús no pide grandes confesiones de fe, basta que crean que él puede hacer lo que le piden. En la otra curación de ciegos Mt 20, 29-34 es menos clara la perspectiva de la fe, pero en Mc 10, 46-52, Jesús dice al ciego: *«Anda, tu fe te ha salvado»*. Una vez más vemos que se trata de creer en el poder de Jesús aplicado a su caso particular.

La curación del niño epiléptico. Mc 9, 14-29; Mt 17, 14-21; Lc 9, 37-43.

La curación de la hija de la cananea. Mt 15, 21-28. La cananea acuciada por el amor y solicitud hacia su hija busca en Jesús respuesta a su situación dramática. En el diálogo con Jesús expresa su anhelo con gran convicción, hasta el punto de que arranca de labios de Jesús esta expresión: *«Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas»*.

El relato de la tempestad calmada. Mc 4, 35-41; Lc 8, 22-25; Mt 8, 23-27. Ante una situación de angustia y miedo, los discípulos desesperados acuden a Jesús. Éste les reprocha su falta de fe y su miedo. La fe debe expresarse en lo concreto de la existencia. No se trata de una fe en abstracto en la divinidad o mesianismo de Jesús.

Jesús y Pedro marchando sobre las aguas del lago de Genesaret. Mt 14, 22-33. Este relato recuerda bien que lo opuesto a la fe es la duda y el miedo. He aquí las expresiones más significativas: *«Ánimo, soy yo, no tengáis miedo»*. Pedro marcha a Jesús sobre las aguas, pero al mirar a las olas tiene miedo y grita: *«Señor, sálvame»*. Jesús le tiende la mano al pescador y le dice: *«¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?»* Y quienes habían participado en la escena se postran ante él diciendo: *«Realmente eres Hijo de Dios»*. La fe de Pedro es todavía insuficiente, aun cuando ama a Jesús y le sigue. Es preciso confiar en la palabra y presencia de Jesús en medio de las dificultades de la travesía. Nadie se salva por él mismo.

La higuera seca. Mt 21, 18-22. Jesús maldice la higuera y ésta se seca de repente. Los discípulos se extrañan y Jesús les dice: *«En verdad os digo que, si tuvierais fe y no vacilaseis, no solo haríais lo de la higuera, sino que diríais a este monte: “quítate y arrójate al mar”, y así se realizaría. Todo lo que pidáis orando con fe, lo recibiréis»*. Al que cree nada la será imposible (cf. Mt 17, 20). Estamos una forma semita de hablar. Todo es posible en la perspectiva de la salvación para el que avanza y ora en la fe.

6.2. HORIZONTE Y PERSPECTIVAS DE LA FE EN LOS SINÓPTICOS

Jesús pide a los hombres que crean en lo concreto de la existencia, que crean que en su persona se hace presente el poder de Dios, la cercanía del reino de Dios. No se trata de una fe intelectual, sino vital. Los hombres han de acoger la salvación de Dios presente en la persona y palabra de Jesús. No estamos ante una fe abstracta, sino ante una decisión en una situación concreta, sabiendo que lo imposible para los hombres se hace realidad mediante su palabra y acción. (Sólo en dos ocasiones se habla de creer en Jesús y ambas están referidas a los discípulos Mt 18, 6; Mc 16, 16). Jesús, en la mayoría de los casos, exige la fe para llevar a cabo su obra sanadora y salvadora. El evangelista Marcos, ante la incredulidad y desprecio de sus paisanos, comenta: *«No pudo hacer allí ningún milagro, solo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se admiraba de su falta de fe»* (Mc 6, 5). En otras ocasiones, los milagros se presentan como signos que deben hacer posible la fe. De ahí que sean responsable quienes no creen después de haber visto tales señales. La fe es creer que el reino de Dios está llegando con Jesús. Para la fe todo es posible en el orden de la salvación. Tal es el significado que la fe mueve montañas o que la oración de la fe es oída siempre.

La conversión y la fe son inseparables.

La fe activa hace que el hombre se entregue al poder de la palabra de Dios y así se renueva en su caminar con Dios y hacia Dios. Jesús no se limitó a postular la fe para su acción, la reclamó también para su palabra. Es preciso oír y poner en práctica su palabra para ser prudentes, para edificar sobre roca y no sobre arena. Se trata de dar su asentimiento íntimo a la palabra que permanece para siempre. Jesús reprocha a sus discípulos que discutan y no comprendan sus palabras (Mc 8, 14-21). Con gran dureza se dirigió Jesús a los que no acogían su palabra: *«Quien se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga con la gloria 3 de su Padre entre sus santos ángeles»* (Mc 8, 18). Es decisivo, por tanto, que el discípulo se abra a la palabra y la ponga en práctica. La conversión que arranca de la fe hace posible la relación justa con Dios y con los demás hombres. No podemos limitarnos a una conducta moral en cumplimiento de una ley o de unas prácticas religiosas. La conversión de la fe supone salir de uno para entregarse al poder de la palabra de Jesús, para entregarse al poder del reino de Dios. Más todavía. Jesús pide a los hombres y mujeres que le sigan, que antepongan su seguimiento a cualquier otra realidad por importante que sea. Para marchar detrás de Jesús hay que estar pronto a renunciar a los bienes de la tierra, a dejar a sus padres, su trabajo y todo aquello que pueda como identificar a la persona en el mundo. Para poseer «la vida eterna», a la que aspiraba el

hombre rico, se le pide, además de cumplir la ley, venderlo todo y darlo a los pobres. Algo que parece imposible para los hombres, pero que Dios lo puede hacer en el que se abra con fe a su palabra (cf. Mc 10, 17-31). A los discípulos se les pide seguirlo por el camino de la cruz. Pero esto supone una fe sólida, madura y fuerte. Lo sabemos. A la hora de la verdad, todos abandonaran al Maestro. El seguimiento se quebró. Sólo después de Pentecostés los discípulos afrontaron con alegría el camino de la cruz. La fe, por tanto, es abrazar sin reservas la voluntad de Dios, como lo hiciera el propio Hijo ante la hora de Dios en medio de las tinieblas. Antes de terminar esta exposición conviene señalar un punto importante. La fe en el Hijo es la obra del Padre (cf. Mt 11, 27) en el hombre, que se deja hacer por la palabra (cf. Mt 16, 17); pero esto no obsta para que el hombre deba tomar postura con sencillez y humildad ante la persona y palabra de aquel en quien hace presente el reinado de Dios.

En conclusión. Jesús reclama la fe en su poder a las personas que acuden a él buscando vida y libertad. De hecho, liga la curación y la salvación a la fe: «*Tu fe te ha curado*»; «*tu fe te ha salvado*». La fe tiene tan gran virtualidad que desencadena el poder creador y recreador de Dios. «*Nada hay imposible para Dios*». La novedad de la fe está determinada por una decisión radical ante la persona, palabra y obra de Jesús en el que Dios está operando la salvación. La expresión de esa fe se realiza en la entrega y vinculación a su persona, siguiéndole por el camino de la cruz.

7. LA FE EN EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

En los escritos de San Juan, la fe viene determinada por su cristología. Como Palabra encarnada del Padre, Cristo es Luz y Vida, el revelador de Dios, el que da la vida que el mismo recibe del Padre (Jn 1, 1-18), 8,12-31) y por esto la fe es adhesión del hombre a Cristo, Palabra y Vida de Dios.

La fe en San Juan manifiesta con fuerza el aspecto cognoscitiva y confesional, referido siempre ala persona y a la función reveladora y salvífica de Cristo.

“Creer en” (pistiuein), añade el matiz en la adhesión a la persona de Cristo, es un recibir a y venir a Él. La actitud de confianza, que la fórmula del AT “creer a Dios”, referida a Yahvé, se transforma en creer gracias a Cristo, o por medio de Él. Por esto la fe cristiana tiene en Cristo, su contenido central, sino también su fundamento formal, y por eso la estructura propia de la fe cristiana es formalmente cristológica. Creer que Jesús es el Hijo de Dios, que es el contenido de la fe o fides quae, implica que se cree en El, que se fundamenta la fe en El cómo Hijo de Dios- que es su motivo- o fides quae. Nótese que esta formula de creer en, (fides in), es la que servirá para introducir los tres artículos del Credo: Creo en Dios...Padre...Hijo. y Espíritu Santo.

Surge a sí la vida con Cristo, por la que el creyente ya recieba ahora la vidaeterna, ya que por la fe se participa de la misma vida que Crsto recibe del Padre (Jn 3 14-16, 5, 24-39, 6,47). De ahí que la adhsion opesonal a Cristo, implique la obediencia plena a su Palabra (jn 10,16), generando su confianza (Jn 14, 13); 16,33), como anticipación presente de la plenitud en la resurrección esperada (Jn 3,36; 6., 39-51; 11, 25; 1 Jn 2,25)

8. SPES ALVI 7, BENEDICTO XVI

7. Debemos volver una vez más al Nuevo Testamento. En el capítulo undécimo de la Carta a los hebreos (v. 1) se encuentra una especie de definición de la fe que une estrechamente esta virtud con la esperanza. Desde la Reforma, se ha entablado entre los exegetas una discusión sobre la palabra central de esta frase, y en la cual parece que hoy se abre un camino hacia una interpretación común. Dejo por el momento sin traducir esta palabra central. La frase dice así: «*La fe es hypostasis de lo que se espera y prueba de lo que no se ve*». Para los Padres y para los teólogos de la Edad Media estaba claro que la palabra griega hypostasis se traducía al latín con el término substantia. Por tanto, la traducción latina del texto elaborada en la Iglesia antigua dice así: «*Est autem fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium*», *la fe es la «sustancia» de lo que se espera; prueba de lo que no se ve*. Tomás de Aquino, usando la terminología de la tradición filosófica en la que se hallaba, explica esto de la siguiente manera: *la fe es un habitus, es decir, una constante disposición del ánimo, gracias a la cual comienza en nosotros la vida eterna y la razón se siente inclinada a aceptar lo que ella misma no ve*. Así pues, el concepto de «sustancia» queda modificado en el sentido de que, por la fe, de manera incipiente, podríamos decir «en germen» –por tanto, según la «sustancia»– ya están presentes en nosotros las realidades que se esperan: el todo, la vida verdadera. Y precisamente porque la realidad misma ya está presente, esta presencia de lo que vendrá genera también certeza: esta «realidad» que ha de venir no es visible aún en el mundo externo (no «aparece»), pero debido a que, como realidad inicial y dinámica, la llevamos dentro de nosotros, nace ya ahora una cierta percepción de esta....

La fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una «prueba» de lo que aún no se ve. Ésta atrae al futuro dentro del presente, *de modo que el futuro ya no es el puro «todavía-no»*. El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes en las futuras.

Bibliografía:

Salvador Pié Ninot: Teología fundamental, págs. 176-216

R. Latourelle/ R. Fisichella/ S. Pié -Ninot,” La teología fundamental, págs. 186-216

Benedicto XVI, Spes Salvi, 7

Rene Latourelle, Rino Fisichella, Diccionario de Teología fundamental, Ed. Paulinas Madrid, 1992

